

Elite

Viena, Schubert y Josefina Baker

Acababa de celebrarse en Viena el Centenario de Schubert. El alma de la gran ciudad trágica y generosa escuchaba aún, en el rumor de los flotantes y dispersos, la extra-humana voz de aquel coro fantástico en que medio millón de almas consagró una elegía a la sombra amada del maestro. Nunca, hasta entonces, se sospechó siquiera que un orfeón semejante pudiese unir, en un haz sonoro y angélico, tantos alientos humanos. Algo así como un órgano mitológico que armonizase la voz de las selvas, el sople de los juncales y el suspiro de las mareas, trenzándolas en el oro y la plata de los tubos melodiosos... Viena es, en la Europa encanallada por la menudencia lírica, por el dólar y la moda, el último reducto del gran arte trágico, el santuario de la tradición musical, eso que fué el Bayreuth wagneriano por sólo un tiempo bajo la protección de Luis de Baviera... Porque ni Berlín, con su germanismo cerrado, ni París, con su tolerancia cosmopolita y su falta de carácter, se han mantenido como Viena en la actitud propia de su sangre y de su genio. Para los mismos polacos, tan definidos por su heroísmo y su amor a la independencia, Viena es la Música, es decir, el sentido de la patria, cuanto hay de tierno y hondo entre el Báltico y el Mar Negro... Kosciuzko, Mickiewicz y Krassinsky, que expresan el alma polaca en sus más altos relieves,—la idea mesiánica de la poesía y la música, la filosofía y las armas—pagan a Viena su tributo divino, como el antiguo griego lo pagaba a Delfos.

Aún gozaba Viena, pues, su "kaetzenjaemer", es decir su "languidez de un amanecer de fiesta", y en los hogares y las calles se tarareaban algunos ritmos del pasado coro y se comentaban entre sutiles sonrisas los incidentes del Centenario, cuando los periódicos anunciaron que Josefina Baker, la serpiente de los bailes modernos, haría su aparición casi inmediatamente.

"¡Josefina Baker!—decían los vieneses—¡Josefina Baker!... No recuerdo..." Los pulcros viejecillos de la ciudad musical atormentaban su mostacho, frunciendo el ceño: "No recuerdo"... Pero en los cafés y restaurantes, en los pasillos de los teatros, grandes carteles a bermellón y amarillo azufre pregonaban el arte de Josefina Baker, entre la esquemática eclosión de unas hojas de palma y un volcán eruptivo, única forma de sugerir, sin palabras, la providencia tropical de la "bailarina". Sin embargo, Josefina Baker llegaba a Viena desde París, donde el

público de la francachela novelera culminó por aplaudirla de rodillas...

Josefina Baker es una muchacha tonta, liviana y bonita, dotada de esa frescura de cocal en ciernes y playa habanera donde la carne toma el tinte de las avellanas maduras. Su arte, si arte puede llamarse a sus desmembradas lujurias africanas, había sido consagrada en Nueva York, donde el negro dicta ahora el gusto, los ritmos y las tendencias artísticas. Josefina es una primitiva recién salida de las hojas del plátano, de la jungla prehistórica, y su agilidad simiesca extorsiona descoyuntados movimientos de piernas y caderas, como en peluquerías parisinas, las pomadas y los polvos le han dado ese barniz que sólo es atrayente por el exotismo que sugieren en su rostro mulato. Sus bailes tienen la inocente imbecilidad de esas danzas de los serrallos decadentes, donde el sátrapa vive entre esplendores crepusculares y perennemente borracho, como una cuba con corona. Josefina se presentó en París, bastante negra para provocar la curiosidad, bastante blanca para excitar a los viejos verdes y los estudiantes "perdidos". Saxofones, guitarristas, violoncillos lisiados, trompas rojas y ojos de esmalte, zapateos rítmicos y una decoración alusiva del hombre de las cavernas: buen programa para la fatiga de la urbe... Josefina bailó, hundiendo el vientre, abriendo las piernas y sacudiendo los hombros, simulando caídas para agitar los brazos y dar relieve entero a su cintura delgada. En el estrépito de su "chárleston" surgió entero el misterio de su atractivo: "la vuelta a la naturaleza" de los Voronoff...

SIEMPRE CON BUENOS RESULTADOS

En todas las formas de empobrecimiento de la sangre o anemia, en que hay pérdida del color, debilidad general, respiración laboriosa, palpitación del corazón y sensación de languidez, obtienen excelentes resultados con Tonikel.

Dice el doctor Martín Herrera, M. D., Caracas: "Me es satisfactorio declarar que en repetidos casos he empleado el Tonikel, siempre con buenos resultados".

Frasco mediano, una facilidad. Frasco grande, una economía.

"París no vale ya una misa"—dijeron los críticos coreográficos que esperaban un nuevo aporte a su colección de "pasos de danzas"... Pero Josefina bailaba, sonriendo como la sandía recién abierta, entre el ansia impotente de sus admiradores nocharnriegos.

Durante uno de estos éxitos, un empresario la contrata para que vaya a Viena. "¡Viena!—dice la infeliz mulata.—¿Dónde queda eso?...". Pero una mañanita húmeda parte de "San Lázaro" y llega a la capital húngara, asombrada del Danubio y de aquellos extraños vejetes que ignoran el foot-ball, y que aún usan paraguas a rayas, botines clavados y levitas fúnebres...

"La ciudad acaba de celebrar—le dijo un reportero en el Hotel—el Centenario de Schubert, y se alegrará de recibirla"...

—¿Schubert? ¡Ah, qué bueno! ¿No escribió algún "chárleston"? Porque yo podría bailararlo y...

Josefina Baker salió a escena, ágil como nunca y reptileca entre sus crótalos como una cascabel de luminosos anillos. Un paso, una alta marea del vientre, dos sonrisas, y... ¡el diluvio de Deucalión, los tifones de la China, los terremotos de Italia, los desastres de Florida, las loterías de México! La pobre negra creyó que la creación se hundía y las estrellas le salpicaban de "jitomate" la espalda, los piés, la carnosa cintura. Viena entera, olvidando la música de su orfeón Schubert, vomitaba ahora los rugidos y denuestos más violentos y exasperados, con los puños al aire y los bigotes erizados... ¡Fuera la negra! ¡Fuera la salvaje! ¡Expúlsenla del país! ¡Que se vuelva a América!

En quince segundos quedó convertido el escenario en una como hortaliza bajo tropel de búfalos. El director de escena extinguió la luz, y en la sombra desapareció el coro de negros a buen seguro... Todavía, en los cafés del "Prater", los viejos comentan, indignados, el tropical atrevimiento "del monstruo": "¡Que el maestro nos perdone!"

La preciosa negrita pidió tren expreso, cerró los cristales de su compartimiento y en la soledad de su refugio abrió su "necesaire", untó sus labios de múrice, y dijo suspirando: "¿Quién será ese señor Schubert?"

Rafael CARDONA.